

EL PADRE SEGURA

Emiliano Ruiz Parra

En el Antiguo Testamento se llamaba profetas a los hombres que eran la voz de su tribu: los que hablaban por todos aquellos que debían callar a riesgo de perder la vida. El sacerdote José Luis Segura Barragán, expárrroco de La Ruana, Michoacán, ha asumido la peligrosa tarea de ser la voz de un pueblo oprimido por el crimen organizado y la *narcopolítica*.

El padre Segura dice una verdad incómoda. Su voz denuncia por igual a los capos de los cárteles que a gobernadores, senadores, alcaldes y aun a los enviados presidenciales, quienes han tratado de someter a los valerosos michoacanos a un régimen de terror y explotación.

El 24 de febrero de 2013 hubo un levantamiento armado en México. Las autodefensas de Michoacán se rebelaron contra Los Caballeros Templarios, contra otros cárteles de la droga y, sobre todo, contra un gobierno que trabajaba para la delincuencia organizada. A la cabeza de esa pirámide delictiva no estaban solamente capos como Nazario Moreno, “el Chayo” o Servando Gómez, “la Tuta”, sino el mismo secretario de Gobierno de Michoacán, Jesús Reyna, quien luego sería gobernador interino y que hoy, gracias a las autodefensas, está en la cárcel.

Jugándose la vida, las autodefensas expulsaron a Los Caballeros Templarios de Michoacán. Se habían cansado de que los secuestraran y mutilaran; de que raptaran a las mujeres, las violaran y a veces las mataran; de que les cobraran elevadas extorsiones por la comercialización del limón y el aguacate, y de que los despojaran de sus casas y sus ranchos.

Las autodefensas de Michoacán fue quizá el movimiento más popular del México del siglo xxi. Miles de jóvenes se alistaron en sus filas para liberarse de un estado de humillación y sometimiento. Ahí donde avanzaban las autodefensas se terminaban los asesinatos, las extorsiones y las violaciones sexuales.

Durante el levantamiento, en los meses de más intensos combates, el padre Segura se dedicó a llevar alimentos a los pobladores de uno de los bastiones de La Ruana. Los Caballeros Templarios habían sitiado el lugar y querían derrotarlo a base de hambre. José Luis Segura rompía el cerco, transportaba comida y personas perseguidas. Ofrecía un ministerio de vida no nada más para el espíritu, también para el cuerpo.

El padre Segura asumía esa tarea siguiendo el testimonio del entonces obispo de Apatzingán, Miguel Patiño, quien escribió dos cartas pastorales, una en octubre de 2013 y otra más en enero de 2014. En esas epístolas, monseñor Patiño denunció que Michoacán era un estado fallido cuyas autoridades se habían vendido al crimen organizado.

En su carta de octubre de 2013, Patiño acusaba que ahí donde había presencia de las fuerzas federales en Michoacán no se había capturado a un solo miembro de la delincuencia organizada, no paraban las extorsiones ni se rescataba a las personas secuestradas por los criminales.

El obispo Patiño hacía esta denuncia porque el levantamiento de las autodefensas provocó una rápida intervención del presidente Peña Nieto, quien nombró a Alfredo Castillo Cervantes su comisionado en Michoacán, con mando de fuerzas federales. En teoría, Castillo iba a combatir a los Templarios. Sin embargo, su verdadera tarea, de acuerdo con el padre Segura, consistía en acabar con las autodefensas. Y la cumplió: a Templarios y otros criminales supuestamente “arrepentidos” los puso al mando de las autodefensas, los uniformó, los nombró policías rurales y les concedió pueblos y territorios.

José Luis Segura Barragán se decidió a acompañar a su feligresía en el sufrimiento, a buscar la verdad y la justicia.

“Castillo fue quitando a los buenos y poniendo a los malos”, dice el padre Segura. A los autodefensas limpios (así los llama Segura) los metió a la cárcel, como al doctor José Manuel Mireles, o promovió su debilitamiento, como a Hipólito Mora. En su lugar puso a personas como Luis Antonio Torres, “el Americano”, y otros sujetos de oscuros orígenes. En enero de 2014, el obispo Miguel Patiño denunció esta estrategia en su segunda carta pastoral: “El pueblo exige que primero agarren y desarmen al crimen organizado. El ejército y el gobierno han caído en el descrédito porque en lugar [de] perseguir criminales han agredido a las personas que se defienden de ellos. ¿No han comprendido que estamos en un estado de necesidad?”.

A casi cuatro años del levantamiento de las autodefensas, en enero de 2017, el padre Segura atestigua que “Los Caballeros Templarios están regresando”. Han cambiado de nombre, han renovado a sus cabecillas, han renunciado a ciertas prácticas como la violación sexual, pero han vuelto a secuestrar, asesinar, extorsionar y someter a las poblaciones de la región de Apatzingán. La diferencia ahora es que ya no existen las autodefensas para plantarles cara. Del lado del gobierno tampoco hay muchos cambios. El ahora gobernador Silvano Aureoles “es un nuevo Alfredo Castillo”, de acuerdo con el padre Segura.

Por medio de la denuncia de José Luis Segura Barragán queda claro que uno de los legados de Peña Nieto será el acoso, hasta el punto de la destrucción, de los movimientos sociales que se levantaron contra el dominio del crimen organizado. Ocurrió con las autodefensas de Michoacán y también con las policías comunitarias de Guerrero. Tres de los dirigentes más importantes de esas policías, Gonzalo Molina, Arturo Campos y Samuel Ramírez, están ahora en la cárcel.

El sacerdote José Luis Segura Barragán ha pagado un precio por su denuncia. Los últimos dos años que pasó en La Ruana debió soportar el acoso de la delincuencia organizada. Cada noche acudía algún pistolero iba a disparar a las puertas de su casa mientras el cura intentaba conciliar el sueño. Por su seguridad, el nuevo obispo de Apatzingán, Cristóbal Ascencio, sucesor de monseñor Patiño, optó por asignarle una parroquia distinta en mayo de 2016.

Por esas fechas el padre Segura cumplía 25 años de sacerdocio católico, un ministerio que sigue asumiendo con valentía y entereza. Durante este cuarto de siglo, José Luis Segura Barragán ha sido un pastor que ha peregrinado entre sus feligreses: campesinos, jornaleros, amas de casa; un cura de aldea a quien la vida puso debajo de un régimen de expolio y terror, y que después atestiguó y acompañó el caminar de un pueblo que se sublevaba contra la opresión. Finalmente, el padre Segura ha visto y denunciado el regreso gradual de la narcopolítica.

En todas y cada una de esas circunstancias inesperadas, el padre Segura no se limitó a ser un burócrata de parroquia o un mero administrador de los sacramentos. José Luis Segura Barragán se decidió a acompañar a su feligresía en el sufrimiento, a buscar la verdad y la justicia y —a costa de su tranquilidad— a asumir el profético papel de ser la voz de la tribu.



Foto: Diego Berruecos